

BIBLIOTECA DE «EL COSMOS EDITORIAL»

LA LEYENDA DE CHEVAGNES
(LOS TREMOR)

NOVELA ORIGINAL DE

CHARLES MEROUVEL.

VERSIÓN CASTELLANA

DE

«EL COSMOS EDITORIAL»

TOMO SEGUNDO



UNIVERSIDAD DE MEXICO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

ALFO 85598

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

MADRID.

«EL COSMOS EDITORIAL»

Arco de Santa Maria, 4, bajo.

1892.

30560

843 P.Q 2625
M. E 53
L 48
V. 2

*Es propiedad.
Queda hecho el depósito
que marca la ley.*



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO GARCÍA RUBIAS

LA LEYENDA DE CHEVAGNES

LA HONRA DEL NOMBRE.

I

Era un domingo.

El tiempo estaba tan malo y tan frío, que apenas se veía gente en las calles.

En Cormeilles, donde hay tanta actividad, nadie trabajaba en las faenas del campo.

Toda aquella población de abejas laboriosas se había refugiado en sus colmenas.

Era la mala estación, la estación muerta y el malhadado año de 1870 iba á principiar.

A eso de las diez, dos mujeres, envueltas ambas en mantones negros se encaminaban de la estación de Sannois á Cormeilles.

La más joven, que era muy hermosa, se apoyaba en la otra con marcado sentimiento de abandono y gratitud.

—Sobre todo, nada de debilidad—decía la anciana.— Ese hombre es el enemigo. No cedas; si vuelve, se postrará á tus pies. Aplástalo.

La joven escuchaba, sin tratar de comprender nada. Estaba completamente entregada

á la felicidad de volver á ver á su hijo, ¡aquel niño, causa de sus desgracias y al cual adoraba como adoran las madres, que es cuanto hay que decir!

La anciana, que no era otra que la *Bigornia*, supo tomar la apariencia de la mujer sencilla que pasa inadvertida entre la multitud.

Poco tardaron en llegar frente á una casa de modesto aspecto.

—Aquí es,—dijo Solange muy emocionada.

La puerta de la casa hallábase cerrada.

Llamaron, y nadie contestó.

Entonces decidieron entrar.

Lo cual era fácil, pues no había más que levantar un pestillo.

El interior era pobre, pero muy limpio.

Solange se dirigió á una cuna que había en el fondo de la sala.

Se puso á escuchar la respiración, casi imperceptible de un niño, y recorrió la colgadura con todo género de precauciones para no despertar á aquel ser querido.

Todo su corazón estaba allí. Olvidó sus penas, su desesperación, su deshonra.

Hubiera querido que se despertara, y besarlo y abrazarlo; y que él la correspondiese con una sonrisa, esa encantadora sonrisa del niño, que compensa á su madre en un instante de todo lo que haya podido sufrir en años.

Pero no quiso turbar su sueño.

En esto llegó la nodriza. Esta mujer tendría unos cincuenta años; el rostro era sim-

pático y de aspecto sano. Al ver á las dos mujeres se avergonzó.

—Debeis odiarme, señorita—empezó diciendo.

—¿Por qué?

—Os he escrito una carta desapiadada; ¿pero qué quereis? ¡No soy rica, y la necesidad!... Podeis, no obstante, estar tranquila. Yo no hubiera sido capaz de abandonar á ese inocente. No tengo tan mal corazón, y además, le profeso cariño, os lo aseguro.

Hubiera podido añadir que al amenazar á Solange seguía las instrucciones de Felisa, quien había vuelto á ver al marqués y quería á toda costa que su antigua discípula capitulara.

—No creais que me hallaba lejos de aquí—repuso excusándose;—había ido á casa de una vecina, que vive á dos pasos de aquí, para pedirle que tuviera cuidado del niño; pues yo tengo de precisión que ir á Montigny.

—Id, señora Collet—dijo Solange muy satisfecha de quedarse sola.—Puesto que estamos aquí nosotras, no hace falta nadie más.

La *Bigornia*, en tanto, alineaba quince lijes sobre la mesa.

—Tomad—dijo—lo que se os debe y algo más adelantado. No tengais cuidado. Cuando eso se acabe, habrá más.

La nodriza se puso muy contenta.

Se preguntaba si la madre del niño habría heredado, cuando ahora no sólo saldaba su deuda, sino que también pagaba demás.

Contemplaba á la *Bigornia* con admiración.

La tomó por tía de Solange, una buena campesina, que acudía en auxilio de su sobrina.

Recogió el dinero y dijo á las dos mujeres: —Quedais en vuestra casa. Yo me voy. Estaré de vuelta á las doce, lo más tarde.

Poco después de haberse ido la nodriza, entró en su casa un hombre.

Solange, al verle, exhaló un grito.

La anciana, en pie, á su lado, la cogió una mano y la dijo al oído, por la décima vez, desde la víspera:

—¡No tengas miedo, por Dios! que yo estoy aquí.

Aquel hombre era Román Tremor.

El pobre muchacho no era precisamente miedo, sino lástima lo que inspiraba.

La presencia de Simona, en vez de intimidarle, le infundió algún valor, y le dijo:

—¡Estaba seguro de que sabíais más de lo que me decíais!

—Es verdad. ¿Pero á qué volveros á ver? El obstáculo está allí; no es posible destruirlo.

Y le señalaba la cuna del niño.

El bajó la cabeza, y en voz muy baja, contestó:

—Ya lo sé.

—Entonces, ¿por qué venís á martirizarla?

Solange se había sentado en un rincón,

cerca de su hijo.

No se atrevía á mirar á Román.

El repuso alzando la voz:

—Si he querido hablar á Solange, es para que se persuada de que no he dejado nunca de pensar constantemente en ella. Estoy loco y tengo el corazón destrozado á fuerza de sufrir. Me digo á cada instante que es una bajeza pensar en la mujer que me ha engañado, y no tener fuerza de voluntad para huir de ella. ¡Pero esto es imposible! Día y noche la tengo ante mis ojos, mirándome como me miraba en Chevagnes, cuando paseábamos por el bosque; y me parece que se apoya aún en mi brazo; que sus ojos están fijos en los míos, y creo también oír su voz... ¡Recuerdo sus palabras, sus sonrisas, sus promesas! Y lo recuerdo todo tan bien, que me es imposible pensar en nada más, ni querer á nadie.... Sólo sé que pierdo el juicio. Por este he tomado una resolución, y ántes de llevarla á cabo, he querido ver á Solange por última vez.

—¿Por qué?

—Para despedirme de ella.

—¿Y luego?

—Me iré al Priorato á abrazar á mi padre y á mi hermano...

—¿Y después?— siguió preguntando la *Bigornia*.

—Al bosque, á cazar...; un accidente sobreviene en seguida. No se sabe cómo. No se sospecha la causa... Procuraré que así suceda. Tenía otra idea. Pero es demasiado difícil, y renunció. Además, no puedo, por el placer de vengarme, deshorrar á mi familia.

Una amarga sonrisa se dibujó en los labios de Solange.

—Hay un medio de evitar todo eso—dijo ella.

—¿Cuál?

—¡Amar á otra mujer!

—¿A otra?—preguntó él, sin medir la intención de su amada.

—Por ejemplo, la que paseaba de vuestro brazo la otra noche.

—¿Juliana?

—¡Ella ú otra! ¿Qué importa!

El contestó con el mismo tono lento y triste:

—Lo he intentado. El día en que me cercioré de que el marqués de Tannay había sabido á vuestra casa de la calle de la Sourdierre, tuve esa idea. ¡Es una fatalidad! ¡No puedo! ¡Ah! si yo hubiese tenido la suerte de ligarme á alguien, á algo, hubiera hallado un remedio ¡y quién sabe si hasta la salvación para mí!... Pero no tengo valor para tanto. Todo lo que deseaba de Juliana era que me diera noticias vuestras, y que me pusiera en vuestro camino. Por ella he sabido que estaríais aquí hoy. Os juro que no quería nada más. Y, sin embargo, si ¡el amor de una mujer hubiera podido reemplazar el vuestro, si otra hubiera ocupado un lugar en este corazón estúpido, donde reinais sola y siempre, qué suerte para mí!

—¡En fin! ¿qué quereis?—preguntó Solange conmovida.

El se acercó.

—Puedes salvarme—dijo, animándose.

—¿Cómo?

—Es indigno, lo confieso; me avergüenzo de mí mismo. No tengo valor. Me cuesta mucho, no precisamente abandonar esta miserable vida, sino perderte.

Y bajando la voz, como si lo ahogara la vergüenza, añadió:

—Si accedieras á vivir conmigo en un pueblo, el más ignorado del mundo, yo renunciaría á mi familia, al Priorato, á mi patria. No tengo más idea que esa. ¡Cuánto me atormenta! He reflexionado. Todo lo perdonaré. No me oirás jamás la menor queja ni reconvencción ninguna. Escucha: ese niño dormido, ¡el hijo de otro! (¡es horrible pensar en esto!), vivirá con nosotros y lo educaremos. Le daré mi nombre... No te separarás de él... Te propongo esto temblando, pues temo inspirarte el mismo desprecio que yo me inspiro. Pero... no puedo vivir sin tí. Y á pesar de todo, te veo siempre tal como eras en Gué-aux-Biches, sencilla, buena, amante. No puedo apartar de la memoria los días felices en que me prometías ser mía... Pues bien, cumple esa promesa... Júrame que serás una mujer honrada. Borremos el presente y vivamos sólo en el pasado.... ¿Será preciso que te lo pida de rodillas?...

Ella se alejó unos pasos.

—¡Me amais—exclamó,—y me creéis culpable?...

—¡Ten piedad de mí, Solange! ¡Destrozado... loco... sé acaso si creo ó dudo?

Ella movió la cabeza y murmuró:

—¡No!... ¡No!...

—¿Quiere decir que me rechazas, que todo ha concluido entre nosotros?

Román se levantó.

Su emoción era tan terrible, que Solange tuvo miedo.

—¿Me queréis matar, quizá?

—No lo creas. No tengo valor para verte padecer. Te amo demasiado.

Ella se suavizó. El acento de Román llegaba al alma.

—Pensad—dijo Solange—que la vida que me proponéis sería el infierno. En el arrebato de ese amor de que me habláis, aceptaréis condiciones que debéis rehusar. Pero luego renacerán esas dudas. Unos celos feroces se apoderarán de vos. El fantasma de ese pasado que ofrecéis perdonarme—añadió amargamente—se os aparecerá siempre. Si teneis la delicadeza de callar, sufrireis más todavía. Será una secreta enfermedad, que acabará por mataros. Y odiaríais á ese niño, porque os estaría recordando siempre lo que llamáis mi falta! A pesar vuestro, quizá, yo no inspiraría más que desprecio. Siempre habría algo que nos separara. Sois honrado, leal, recto y altivo, Román. ¡Es preciso que todo sea claro y digno entre nosotros! Hoy por hoy no soy más que una muchacha perdida, á los ojos de la sociedad, se entiende. No puedo, no debo ser vuestra mujer. ¡Si sufrís, tened valor! ¡Creed que yo también lo necesito! Esperad. ¿Quién sa-

be lo que el porvenir nos tiene reservado?

—¡No me has amado nunca!—contestó él.

—¿Queréis un juramento?

—Habla.

—¡Os juro que no he amado á otro!

—¡Cómo creerte!

—Ya lo veis; ¡la duda no muere!

La *Bigornia* hubiera podido sacar de su error á Roman. Casi presenció la escena de Gaé-aux-Biches. Le constaba que veinticuatro horas antes Solange semoría de hambre. No era, pues, la querida de Taunay. Pero como Felisa, aunque por distintas razones, temía mucho que el amor de Solange á Roman lo echara todo á perder. Así es que la escuchaba con ansiedad. ¡Temía que fuera débil! Si estos se reconciliaban, sería forzoso renunciar á vengarse del marqués; ¡tenía que borrar el pasado!

Y la *Bigornia* no estaba por eso.

Seguía odiando á los Taunay y á todo lo que tuviera relación con ellos. La muerte de Labranche no había extinguido sus rencores.

Por una seña, y mirando á la cuna dió á entender á Solange que se acordara de su hijo.

—¿Qué decides?—preguntó Roman.

Un coche particular se acercaba; el caballo iba al trote.

Solange tuvo un presentimiento. Corrió hácia la ventana.

—¡El marqués de Taunay!—dijo.

—Tanto mejor—exclamó con rabia Roman—llegó la hora de queuviéramos una expli-

ecación. Yo quería matarme. ¿Por qué he de morir solo? Eso fuera estúpido.

Solange se echó en sus brazos.

—Roman—dijo muy de prisa—por lo más sagrado para vos, por nuestro antiguo amor, os prohibo tocar á ese hombre y atentar contra su vida.

—Ah! ¡le amas!—contestó él rechazándola con violencia, y como nunca amenazador.

—Entrad ahí—ordenó ella, señalándole una habitación contigua—y vais á saberlo todo. ¡Dios es quien envía aquí á ese hombre! Simona, véte. Escondéos los dos y dejadnos solos. Cuidado con pronunciar una palabra, ni dar un grito... Si algo de esto hacéis no me volveréis á ver, Roman.

El cupé se detuvo á la puerta.

Román Tremor, vencido por el imperioso ademán de Solange, salió de la sala con la *Bigornia*.

Solange continuaba junto á la cuna de su hijo.

Pálida, temblorosa aún, por la emoción terrible que acababa de experimentar, no dijo una palabra y aguardó.

Oliverio estaba muy contrariado. Su orgullo padecía mucho al dar aquel paso.

—¿Estais sola, Solange?—empezó diciendo con voz breve.

Ella se inclinó para asentir.

—¿No esperabais volverme á ver?

—No.

—¡Habreis creído que os había olvidado! Pues nada de eso.

Solange no hizo el menor movimiento.

—Seré sincero—repuso el marqués.—He querido permanecer alejado de vos, pero no he podido lograr mi propósito. ¡No sé adónde me llevará la pasión que me inspirais! Me someto. Imponedme todo género de condiciones.

—Nada os pido.

—Os he ofendido mucho. Nuestro amor empezó mal, ¡por una violencia indigna!, lo confieso. Reflexionad lo que os digo. Todo cuanto exijais para vos, para ese niño, queda concedido de antemano. Vos mandais y yo obedezco.

—No puedo creerlo. Es un lazo que me tendéis, y en él no he de caer.

—Os doy mi palabra de caballero.

Solange sonrió desdeñosamente.

—¿Os portais como un caballero acaso?—dijo ella.—¡Vos, que despues de haberme ultrajado tan miserablemente, tratais de atraerme sitiándome por hambre!

—Me desafiásteis. Y esto me obligó á apelar á medios indignos de mí. ¿No os pruebo así la fuerza del amor que siento?

Solange contestó:

—¡Singular amor peor que el odio, por el lo he perdido todo; honra, felicidad, patria, familia!

—No está en mi mano borrar el mal que he causado, y por el cual os pido perdón. Dejaos ya de inútiles reconvenções, y ordenad. Nada me parecerá imposible tratándose de obedeceros. ¡No sé qué tienes en esos ojos! ¡Eres capaz de condenar á un santo!

Cuando ya el marqués estaba lejos, salió la *Bigornia* del cuarto donde estaba escondida, y estrechando á Solange entre sus brazos, la dijo satisfecha:

—Hija mia, has hablado muy bien.

Román Tremor, pálido y consternado, permanecía en el dintel de la puerta.

—Os pido mil perdones, Solange—dijo.—Olvidad mis injurias. ¡Los celos trastornan! ¡Cuando se ama, se duda de todo! Debí conocerlos mejor. ¿De suerte que os casareis con él?

—Si queda libre, sí.

—¿Con ese hombre, por el cuál estamos separados, y que ha sido nuestra perdición?

—Sí.

—¡Es imposible! No podeis amarle.

—¿Qué necesidad hay de eso, y quién os ha dicho que se trate de amor?

—¡Entonces!...

—Lo que ante todo quiero, Román, es un nombre para este niño, ¡el nombre de su padre! Después no sé lo que sucederá. No me lo preguntéis, no podría decíroslo. Yo misma lo ignoro. He ofrecido casarme con el marqués de Taunay, el día que lo exija, después de haber cumplido la condición que le impongo, eso es todo lo que sé. Hoy por hoy no soy más que una madre; no puedo pensar mas que en mi hijo.

—Mas para que todo eso suceda, es necesario que la marquesa desaparezca...

Ella, poniéndose en pié, y en actitud alta, golpeó el suelo con el pié y dijo encolerizada:

—¿Pues qué, conozco yo acaso á esa mujer? ¿Le han preocupado á ella mis asuntos? ¿Sabe siquiera la marquesa de Taunay-Coulanges si yo vivo ó muero? ¿Pertenece á la misma clase? ¿Depende de mí que tenga ó no salud? Dicen que está sentenciada por los médicos. ¡Podrá ser verdad, ó podrá no serlo; No seré yo, ciertamente, quien la mata. Como no le he robado tampoco el amor de su marido; no me ha ofendido en nada. Pero á ese hombre le considero como á un enemigo. Su odiosa violencia amargó mi vida. (Ahora no dudareis de mis palabras, ¿no es verdad?) Ha destruido todas mis esperanzas. Y por él me ví obligada á abandonar á mis padres, á huir, escondiéndome vergonzosamente, el día en que la señorita de Rochevieille, triunfante, era conducida al altar, arrullada por un concierto de felicitaciones, para que todo un obispo bendijera su unión... Y la ví vestida de blanco, arrastrando inmensa cola, y ostentando orgullosa la flor de azahar... El señor de Taunay me ofrece una reparación. ¡Y he de ser tan insensata, que la rehuse, para que un día este mismo niño, cuando sea un hombre, me pida cuentas de las vejaciones de que sería objeto! ¡Un bastardo! Supongo que no creereis que me detendrán inútiles escrúpulos, ni que trataré de informarme de si la marquesa de Taunay siente ó no pena por la conducta de su marido. Convengamos en que eso fuera una irrisión. No sé mentir; y os confieso que si ayer estaba desesperada, hoy me considero casi

dichosa. Se me figura que voy á tomar la revancha de un momento á otro...

—Solange...

—Considerad, Román, que he tenido que huir de mi pueblo; que no puedo abrazar á mis padres; que hasta mi madre duda de mi inocencia... ¡Ah! nada se me oculta; sé perfectamente lo que piensan los demás. Cuando sucede una desgracia así á una pobre muchacha de mi clase, no es al culpable, sino á ella, á quien se acusa. Creen á piés juntillas que ha sido víctima de su propia coquetería, de su desmedida ambición, de su vanidad... No me hubiera atrevido á defenderme, á excusar mi conducta ante vos, si no hubiérais asistido á mi entrevista con el marqués y escuchado su confesión. Si me veis contenta, satisfecha, Román, no es solamente por mi hijo, es también por mí. ¡Se me figura que me elevó á vuestros ojos; y por lograr esto, hubiera yo dado diez años de vida, la mitad de mi sangre, y toda ella, si no la necesitara para esta criatura, que no puedo dejar de adorar! Ahora quizá os arrepentireis de aquellas palabras vuestras que me destrozaron el alma: «¡Mujer perdida, mujer que se vende!» ¡Oh! ¡no he podido olvidarlas!

—Perdóname.

—¡No os guardo rencor! ¡Estaba afligida, pero no enojada! ¡La desgracia que nos persigue ha sido la causa de todo! Vuestros insultos no han conseguido más que aumentar la aversión que siento hacia el autor de nuestro infortunio.

Su exaltación fué poco á poco desapareciendo, á medida que estudiaba la fisonomía de su antiguo novio, que revelaba la mayor desesperación y las ideas más siniestras. Al mirarle, sentía que todo su corazón se entregaba á la ternura.

—Te he oído—dijo Román,—y comprendo tu indignación y tus deseos. Pero lo que esperas es imposible. ¡Odias al marqués y piensas en ser suya! ¿Crees que yo podré soportar eso? O no le amas, y en este caso no puedes entregarte á él, ó le amas, y... ¡te advierto que antes de que llegue á tí ese hombre, pasará por mi cadáver! ¡No! Yo no he de ver que ese maldito te entregue el anillo de boda; y si lo veo, le mataré al salir de la iglesia. ¡Tú podrás ser su mujer y llamarte marquesa de Taunay, pero habrás enviudado antes de llegar á tu casa!

Solange temblaba.

Miró á la *Bigornia*.

Esta, impassible en apariencia, no perdía un solo detalle de aquella explosión de celos.

Las dos se comprendían.

Román Tremor, al hablar así, ¿despertaría en ellas alguna idea nueva, ó sin saberlo, realizaba el plan que ambas se forjaban de antemano?

Sea lo que sea, es lo cierto que Solange, como si agradeciera aquella violencia de sentimientos, pudiéndose considerar siempre amada, se sentó y le hizo seña de que él hiciera otro tanto en una silla cerca de la suya.

—Hablemos con el corazón en la mano—

díjole.—Confío en que ahora me creereis, si os digo que mi corazón es siempre el mismo, á pesar de la herida que solo el tiempo puede cicatrizar. Tengo un deber que cumplir para con este niño, carne de mi carne, sangre de mi sangre! Despues, seré libre. Hasta entónces, os suplico, Román, que renunciéis á vuestros propósitos. ¿Será preciso que yo, una débil mujer, sin más apoyo en el mundo que el de esta pobre Simona que me ha salvado, os tenga que dar ejemplo de valor? He tenido, mas que vos, mis horas de desahento y desesperación. No voy á hacerme más valerosa de lo que soy. Quiero ser franca. Mi mayor pesar, en medio de tantos otros, ha sido el de creer que me habíais olvidado, y pensar que me juzgábais culpable y no víctima, y... en fin, que amábais á otra. Tened la seguridad, Román, de que ni las riquezas del marqués, ni su título, ni las promesas que siempre me ha hecho, consiguieron deslumbrarme. No he olvidado nunca nuestro amor, y he llorado siempre por nuestras perdidas ilusiones. Pero qué quereis; ¡tengo sangre corsa en las venas! Ahora no puedo pensar más que en llevar á cabo lo que me he propuesto. No me habéis de amor, de alegrías, ni de ternuras; no hay lugar para ellos mientras tenga el corazón lleno de hiel. Pero podeis vivir tranquilo, amigo mio... No temais que el marqués consiga nada... Con el tiempo quizá pueda dar una gran prueba de cariño, de amor, y será á vos, á vos solo, siempre que, sin reconvenções ni quejas, me dejéis

acabar mi obra. De lo contrario, al menor disgusto que yo experimente por causa vuestra, bastará para que no nos volvamos á ver.

Román la escuchaba extasiado.

Ella le dirigió una mirada tan expresiva, tan dulce, que conmovió todo su ser.

Y para que tengais paciencia—añadió Solange—escuchad esto último: No sé si el porvenir nos reunirá; pero os juro por este niño, ¡mi hijo! que seré vuestra, ó de nadie.

—¿Y si os casais con el marqués...?

—Aun cuando me case con él. No me preguntéis nada más. No os he de contestar.

Román se dejó caer á sus pies.

—¡Eres un ángel!—exclamó.

—¡Arrojado del cielo!—contestó ella tristemente.—Y ahora, adiós.

El sonrió con amargura; dió la mano á Simona y obedeció á Solange.

En aquel momento partió de la cuna un vajido, que parecía el gorgceo de un pájaro cuando se despierta.

Solange separó las colgaduras, se acercó á la sonrosada carita de su hijo, y apoyando los labios en su frente, le dijo, después de un prolongado beso:

—¡Cuántos sacrificios me cuestas!

II

Al regresar á París el marqués no podía fijar sus ideas.

Llevaba en el corazón, como un puñal cla-